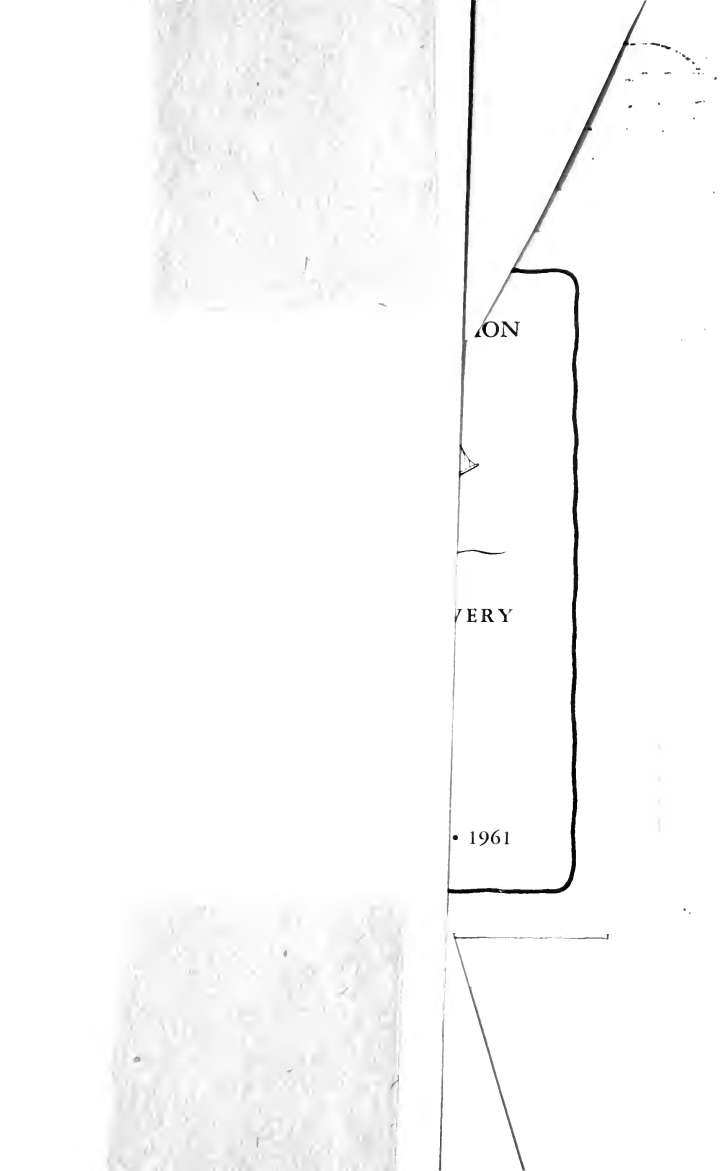
Casimiro Ortega


ION
VERY
• 1961

«Gráf. Ambos Mundos».- «Divino Pastor, 10. Tel. 22-91 J

CASIMIRO ORTEGA

PRIMER VIAJE HECHO ALREDEDOR DEL MUNDO

EMPRENDIDO POR

HERNANDO DE MAGALLANES

Y LLEVADO A FELIZ TÉRMINO POR

JUAN SEBASTIAN DEL CANO

EDICIONES AMBOS MUNDOS
M A D R I D

Nada tan interesante como dar a conocer aquellos libros que olvidados yacen en bibliotecas y que han visto pasar, quizá más de una centuria, entre la indiferencia y el olvido de los impresores.

Libros como estos, merecen nuestra consideración y estima, porque a fuer de pacientes investigadores, hemos considerado que estos libros valen más, mucho más que otros que alcanzaron la preferencia del gran público y que no tienen en cambio el valor histórico del que hemos editado.

EL PRIMER VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO, *del Doctor Casimiro Ortega, es digno de que sea conocido de nuestro público, ya que por la veracidad de sus relatos al hacer crónica del viaje emprendido por Hernando de Magallanes y llevado a féliz término por Juan Sebastián del Cano, merece una renovada popularidad.*

Con un criterio amplio y un sentido objetivo se hace el resumen de este extraordinario viaje que vino a demostrar experimental y palmariamente la esferaci-

199794

dad de la tierra, la existencia de los antípotas y la seguridad de navegar el globo en todas direcciones.

La geografía desde este acontecimiento marítimo entró en una nueva faz con base sólida e indestructible.

El autor de esta obra ha tenido en su guía al cronista de aquel memorable viaje, al italiano Antonio Pigafetta, no sin haber consultado y apoyado sus afirmaciones en cuanto autorizado literato se ha ocupado de este acontecimiento.

Un popularísimo escritor acaba de decir muy acertadamente:

«En América es más conocido el Capitán Cook que Magallanes, Cortés, Balboa, del Cano o cualquiera de los cientos de navegantes ibéricos que demostraron de una vez para siempre, que el mundo es redondo como una naranja.»

A la juventud que encuentra su solaz en lecturas imaginativas y en relatos inverosímiles, brindamos este libro, interesante por lo transcedental, meritísimo por la verdad que encierran tan maravillosas exploraciones marítimas. Al mismo tiempo que se recrea el espíritu, se adquiere un conocimiento sobre aquellas figuras, que como Hernando de Magallanes y Juan Sebastián del Cano, tan gran celebridad alcanzaron y no menos gloria dieron a Ibéria,

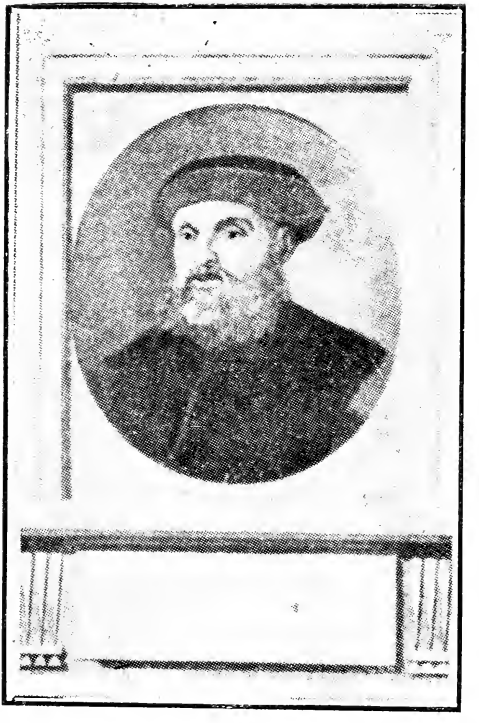
Juan Sebastián del Cano, el inmarcesible hijo de Guetaria (Guipuzcoa) pudo llegar a ostentar en su escudo aquel lema:

«Primus Circundedisti me.»

PRÓLOGO

Por Tierra y por Mar profundo
Con imán, y Derrotero,
Un Vascongado el primero
Dió la vuelta a todo el mundo.

Couch. Art. de naveg.



HERNANDO DE MAGALLANES

(1519)

JUAN SEBASTIÁN DEL CANO

(1522)

PRÓLOGO [1]

SI la expedición del comandante *Byrón* le acaba de granjear, con justo título, los elogios y la admiración de toda la Europa, en un tiempo en que tan conocida y facilitada la navegación, y después de haberle precedido en el mismo viaje otros muchos, que han rodeado el Mundo en estos dos siglos y medio últimos; que palabras bastarán a celebrar dignamente la intrepidez de Hernando de Magallanes, que en 1519, emprendió el descubrimiento del Estrecho de su nombre, y la constancia, valor, inteligencia y felicidad con que, muerto Magallanes en Filipinas, continuó Juan Sebastián del Cano, dirigió y llevó a perfección esta empresa de

(1) Publicado en el año 1769.

traer a España los ricos aromas de las Malucas, dando por la primera vez una vuelta entera de Occidente a Oriente al globo terráqueo. Si algún premio pudiera recompensar el mérito de este esclarecido español, sería sin duda el honroso acogimiento que le hizo a su regreso el rey Carlos I de España, el aprecio que manifestó de su dictamen, nombrándole por uno de los jueces en las controversias suscitadas por el rey de Portugal sobre la propiedad de las Malucas, y finalmente la confianza con que le concedió el segundo lugar en la Armada enviada de nuevo a aquellas Islas a cargo del comendador Loaisa.

En este segundo viaje volvió Juan Sebastián del Cano a atravesar felizmente aquel espantoso y desconocido Estrecho.

> Por donde opuesto a vientos importunos
> Descubrió el Lusitano temerario
> El Gran Comercio de los dos Neptunos.
>
> (*Argensola*. Rim., pág. 422).

Disípose la armada, sobreviniendo una furiosa tormenta; después de haberse perdido, antes de embocar el Estrecho, la Nao, en la que iba Juan Sebastián. A esta desgracia se añadió para colmo la de la mala muerte del Comendador, que hubiera

podido resarcir el mismo del Cano, a la sazón enfermo, y reconocido unánimemente por su sucesor, a no haberle envidiado la fortuna la gloria de arribar segunda vez a las Malucas, disponiendo su fallecimiento a los cuatro días de haber tomado el mando, con extremo dolor de su gente y no poca pérdida de España.

Hemos intitulado esta obra *Viaje de Magallanes y de Juan Sebastián del Cano*, porque habiendo merecido por su industria y acreditada pericia, que a las órdenes de su principal caudillo le eligiese el Rey por Maestre de la nao *Concepción*, y después la Armada, de común acuerdo por el capitan de la nao *Victoria;* éste fué el único que a bordo de ella tuvo la dicha de volver a Sevilla, llenando de admiración a todo el orbe, que acababa de rodear, según lo testifican las relaciones de aquellos tiempos, cuyos autores no hallan ejemplo que le pudiesen disputar igual gloria en los anales de la antigüedad, ni los escritores sucesivos que en prosa y en verso han empleado su pluma en celebrar la singular hazaña de este argonauta español, de quien dice Mosquera:

Entraba en el breado, y hueco pino
Tomando el dulce, y suspirado puerto
Juan Sebastián del Cano, Vizcaíno,
Piloto de este Mundo el más experto;

Después de haber andado en su camino
Quando del mar se halla descubierto
Una nave dicha la *Victoria;*
¡Hazaña digna de inmortal Memoria!

(*Numant*, canto 2).

Cuando la publicación del viaje del comandante *Byrón* no nos ofreciera una oportunidad felicísima de dar a luz este *Resumen*, cuyo asunto tiene tan estrecho enlace con el de aquella obra; esperaríamos que bastasen a justificar nuestro designio los deseos de muchos sujetos amantes de su Patria, que echan de menos una relación histórica de una empresa tan gloriosa a la nación española. Hállanse a la verdad algunas noticias sueltas de esta expedición en nuestros escritores; pero tan diminutas y confundidas en la narración de otros asuntos más vastos, que apenas acierta el lector a discernirlas entre tanto número y variedad de objetos como presenta la Historia General de Indias. Se hacía, pues preciso , para escribir particularmente este viaje, abrazar la materia en toda su extensión posible, y a falla de otros documentos, entresacar de aquellas obras las noticias más seguras, suplir lo omitido por un escritor, con lo que añade la diligencia de otro, y finalmente rectificar e ilustrar algunos puntos que fácilmente pudieran equivocar, o confundir los que trataron el asunto únicamente

por incidencia y que no debían dejar de aclararse en este escrito particular, el cual es el fruto del cotejo exactísimo de lo que se halla esparcido en varias obras de más dilatada extensión.

No han sido solamente nuestros historiadores de Indias los que se han tenido presentes para la forfación de este *Resumen*; se han consultado también dos obras singulares en la materia, escritas en otro idioma y poco comunes en España. La primera es un *Diario* que formó parte Antonio Pigafetta, caballero vicentino, que acompaño en esta misma navegación a Magallanes y vuelto a España en la nao *Victoria*, y otra a la reina viuda de Francia, de cuya orden se publicó el compendio traducido en francés (1).

La segunda es una carta, escrita por Maximiliano Transilvano, secretario de Carlos V al Cardenal de Salisburg, con data del mismo año de 1522 en que llegaron a la corte el capitán, y principales empleados de la nao *Victoria*, como un extracto de la Relación, que estos mismos habían hecho al Emperador. Estas dos obras fueron recogidas por Juan Bautista Ramusio, e insertadas en el primer tomo de su Colección de Viajes y Navegaciones, tercera

(1) Parece ser esta misma la obra que cita Pinedo en su Biblioth., pág. 916. Eid. de Barcia.

edición publicada en Venecia en 1563. Sobre tan auténticos documentos se ha formado el *Resumen Hitórico;* en el cual seguramente no se ha atendido tanto al adorno de la obra, como a la ilustración de la verdad de la historia; pues la empresa de suyo es tan maravillosa, que esperamos que su relación no necesite de los atavíos del estilo para agradar a los lectores.

No podemos dar fin a este Prólogo sin detener la consideración sobre las notables revoluciones, que ha tenido nuestra marina desde la época de los grandes descubrimientos, que parece la debiera haber asegurado en un pie floreciente. Nada añadiremos a nuestra propia invención; cuando se pueda decir en el asunto, lo comprenden las reflexiones, que publicó Thomé Cano, capitán ordinario del Rey, y Diputado de la Universidad de la Carrera de las Indias en su *Arte para fabricar, fortificar y aparejar Naos de guerra,* impreso en Sevilla en 1611. Este sujeto, que había navegado casi de continuo por espacio de 54 años, después de haber expuesto varias causas de la decadencia de la marina, dice lo siguiente en la página 44 b.

«Y que esto sea verdad no nos lo negarán los que agora 25 años (corresponde el de 1586) conocieron y vieron en España más de mil naos de alto bordo, de particulares de ella: Qué en solo Vizcaya había más de 200 Naos, que navegaban a Terranova por

ballena y bacalao, y también a Flandes con lanas: Y agora no hay ni aun una. En Galicia, Asturias y Montañas había más de doscientos pataches, que navegaban a Flandes, Francia, Inglaterra y Andalucía, traginando en sus tratos y mercadurías; y agora no parece ninguno. En Portugal siempre hubo más de 400 Naos de alto bordo y más 1.500 carabelas y carabelones; entre las cuales velas pudo el Rey D. Sebastián sacar y juntar, sin valerse de las otras partes, para la infeliz jornada, que hizo al Africa, 830 velas, quedando proveídas sus navegaciones de la India, Santhomé, Brasil, Cabo-Verde, Guinea, Terranova y otras diversas partes: No hallándose agora apenas una sola nao de particulares en todo el reino, sino algunas carabelas de poca consideración.

»En Andalucia teníamos más de 400 naos, que más de las 200 navegaban a la Nueva España, y Tierra-Firme, Honduras e Islas de Barlovento, donde en una flota iban 60 y 70 naos, y las otras 200 navegaban por Canarias a las mismas Indias y otras naciones, cargadas de vinos y mercadurías, con grande utilidad y acrecentamiento de la Real Hacienda, y sus muchos derechos, y con mayor beneficio de todos sus vasallos. E yá (cosa cierto dignísima de grave sentimiento) todo se ha apurado, y acabado, como si de propósito se hubieran puesto a ello; lo cual ha nacido de los daños de los dueños de las

naos, que se han representado cansados de los perjudiciales, e importunos embargos, que se han hecho, y hacen; siendo lo peor, y que demanda grande consideración, y aun reparo muy breve, que todo el aprovechamiento ha venido a parar (dentro de España, y aun fuera de ella) en los de naciones extranjeras, que con sus libres, sueltos y muchos navíos, en que por falta de los nuestros han crecido más, corren, navegan, sulcan, y andan por todos los mares, y por todos los puertos de España, y mayor parte del mundo libremente, y no tan atados a una flota de cada año, y a una sola carrera, en que estamos reducidos con tan apretado trato, y navegación peligrosa de Cosarios y continuos enemigos tan poderosos, tan engrosados y enriquecidos de los frutos, y tesoros de España, que ellos sólo tratan, sacan, y estiran de ella con mayor red, que la sanguijuela saca la sangre de las venas: Materia larga e importantísima para mayor suljecto que el mío; como de otros muchos se entiende la han representado, y representan con celo fidelísimo, y con deseo de que se mire, y remedie antes de llegar a lo último del imposible.»

No se puede negar que este infeliz vaticinio del Capitán Thomé Cano se verificó en tiempo del Rey Carlos II; en que se vieron reducidas nuestras fuerzas marítimas al navío la Capitana, la Almiranta y un Galeon; de forma que pasaba en pro-

verbio *la Armada de España dos Navíos y una Tartana.*

En este deplorable estado encontró la Marina el glorioso restaurador de la Monarquía Felipe V; en cuyo reinado y en los de su augusta descendencia se ha aumentado de manera, que sería una especie de temeridad el dudar que bajo los auspicios de *Carlos III de Borbón* deje de ponerse sobre un pie tan respetable, por lo menos, como el que tuvo en tiempo de Felipe II.

DESIGNIO Y PREPARATIVOS DEL VIAJE

PRIMER VIAJE HECHO ALREDEDOR DEL MUNDO

CAPITULO PRIMERO

DESIGNIO Y PREPARATIVOS DEL VIAJE.

RESENTIDO Hernando de Magallanes, caballero portugués, del disfavor del rey don Manuel, que no había premiado sus distinguidos méritos, hechos en las Indias orientales, y señaladamente en la conquista de Malaca, abandonó su servicio, después de haberse desnaturalizado de aquel reino con las formalidades acostumbradas, y se pasó a Castilla estando la Corte en Valladolid año de 1517. Era Magallanes hombre de mucho esfuerzo, y de singular juicio, y sobre todo muy práctico en el conocimiento de aquellos mares por la larga experiencia, adquirida no sólo en sus navegaciones, sinó también mediante la correspon-

dencia, que conservaba con su paisano y amigo el capitán Juan Serrano, residente a la sazón en Temate, una de las Malucas. Acompañábale Rui Falelo, que mostraba ser gran cosmógrafo, y por eso sospechado en el concepto de los portugueses, de que tenía demonio familiar: suerte común a todos los hombres que por su estudio han llegado a conseguir un grado de ciencia superior a la ilustración de su siglo, o inaccesible a los entendimientos vulgares (1).

Aseguraban estos dos sujetos, que las Islas de los Malucos, y otras de donde los portugueses sacaban la especería, se comprendían dentro de la demarcación de la Corona de Castilla, y ofrecían descubrirla por la vía del Oeste, rumbo opuesto al que llevaban las flotas de Portugal. Dirigiéndose al obispo de Burgos, encargado

(1) Gómara Hist. de Ind. cap. 91: Mariana, Historia de España, lib. 26, cap. 3: Argensola Anal. cap. 13 y 52: Historia de los Malucas, lib. 1. Ferreras Historia, año 1519, 28 y casi todos nuestros historiadores.

de las cosas de Indias, quien los presentó al gran Canciller, y éste informó al rey Carlos I de este nombre, como se proponía Magallanes navegar al Río de la Plata, y seguir la costa hasta dar con un Estrecho de que había hallado noticia en una carta de marear de Martín de Bohemia, cosmógrafo portugués: o no encontrándole doblar el Cabo de Buena Esperanza, y hacer el mismo camino, que hacen los portugueses, para verificar la situación de las Malucas dentro de los límites señalados a Castilla por la famosa línea que por la imaginación tiró Alejandro VI, para dividir los descubrimientos de ambas naciones, Castilla y Portugal, en orden a la propagación del evangelio. Siguieron la Corte a Zaragoza, Magallanes y Falero, no sin recelo de sus mismos compatriotas; y habiéndoles el rey dado audiencia en presencia de su Consejo, les hizo merced de habitos de Santiago, y les concedió título de sus capitanes, que ellos aceptaron gustosos, sin embargo de la persecución, halagos y ofertas del Embajador de Portugal,

de que no se dejó vencer la constancia de uno ni de otro (1).

Aprobadas las condiciones, y estipulados los premios para que en caso de que saliesen con su empresa, mandó el rey equipar dos navíos de 130 toneladas, otros dos de 90, y uno de 60: abastecidos todos los cinco de armas, rescates, y víveres para dos años, y con doscientas treinta y cuatro personas de tripulación. Nombraronse igualmente los capitanes de las cinco naves, dando el principal mando, y el de la nao *Trinidad*, o *Capitana* a Magallanes: el de *San Antonio*, a Juan de Cartagena, Veedor de la Armada; el de la *Victoria* a Luis de Mendoza; el del *Santiago* a Juan Rodríguez Serrano; y finalmente el de la nao *Concepción*, cuyo Maestre era Juan Sebastián del Cano, a Gaspar de Quesada. Fué preciso premiar a los pilotos y marineros para que se embarcasen por la

(1) Herrer. Decad, 2 lib. 2, cap. 19 y lib. 4 cap.9: Zurit. Anal, tom. 5, lib. 1, cap. 25 y 28; Emo. tr. Jorge Juan Disert. Historia sobre el Meridiano de Demarcación.

natural repugnancia, que manifestaban en emprender una navegación tan nueva y peligrosa.

Estaba ya la armada a punto cuando habiéndose suscitado cierta diferencia entre Magallanes y Falero, sobre quien había de llevar el estandarte Real; mandó el rey que se encargase a Magallanes, y que Ruí Falero, respecto de andar a la sazón algo indispuesto, se quedase solicitando el avío de otra escuadra, que había de ir en seguimiento de la primera. Aprontada, pues, la armada recibió el asistente juramento, y pleito homenaje a Hernando de Magallanes de que serviría fielmente al Rey de España en esta expedición, y lo mismo se practicó con los capitanes y principales empleados (1).

(1) Herrer. Decad. 2, lib. 4, cap. 9; Argens Anal. capítulo 57 y 59.

SALIDA DE SEVILLA, ARRIBO A LA COSTA DEL BRASIL Y DEMORA EN LA BAHÍA DE SAN JULIÁN

CAPITULO II

Salida de Sevilla, arribo a la Costa del Brasil y demora en la Bahía de San Julián.

Salió la Armada de Sevilla a 10 de Agosto de 1519 e hizo vela desde San Lucar el día 22 de Septiembre en demanda de las Canarias. Tomaron tierra en la Isla de Tenerife en 26 del mismo mes y habiéndose provisto de carne, agua y leña, y recibido los betines, jarcias y herramienta, que llevaba para la Armada una Carabela, que los alcanzó en Montaña Roxa, otro puerto de la misma isla, en donde estuvieron tres días; partieron finalmente a 2 de Octubre, ya de noche, y gobernaron hacia la costa

de Guinea con buen tiempo por espacio de quince días. En esta altura les entró calma y les duró más de veinte días, en los cuales apenas anduvieron tres leguas. A las calmas sucedió un mes de vientos contrarios, con tan desechas tormentas, que estuvieron para cortar los palos que ya no podían aguantar los navíos, tocando a veces las galias en el agua. Reconocieronse por fin las señales de la bonanza en aquella benigna luz, que al desvanecerse los temporales se muestra sobre las galias, y que la devoción piadosa de los marineros atribuye a la aparición del cuerpo de San Telmo; siendo verdaderamente un meteoro producido por causas naturales, cuya ignorancia es propia, y en ocasiones provechosa a aquellos navegantes, pero no fácil excusar en algunos de nuestros historiadores.

Mandó en esta ocasión Magallanes poner tasa en los víveres, y continuando su viaje entró por último en la Bahía de Río-Janeiro, a 13 de Diciembre. Acudieron los naturales con muchos bastimentos y da-

ban tal vez por un naipe siete u ocho gallinas, y por una hacha de partir leña un esclavo: bien que prohibió el general con mucho acuerdo el rescatar cosa alguna fuera de los víveres, por no dar motivo de queja a los portugueses, y porque recibiendo esclavos a bordo no le consumiesen los bastimentos. El 18 tomaron la altura del Sol que se reconoció ser de 23 grad. y 45 minutos de latitud Austral, e hicieron otras observaciones las menos defectuosas, que se podían exigir en el estado que tenia entonces la Astronomía. El 27 se hicieron a la vela prolongando la Costa hasta el sábado 31 de Diciembre, en que volvieron a tomar la altura se hallaron en 25 grados y 23 min. al Sur de la Equinocial (1).

El día 7 de Enero de 1520 sondaron por dictado del Piloto Andrés de San Martín y encontraron fondo en ochenta y cinco brazas, basa prieta de una arena muy menuda. El 10 contaban estar en 34 grados na-

(1) Los mismos historiadores en las obras citadas.

vegando sobre 18 y 15 brazas, fondo arena mezclada de conchuelas. Al ponerse el Sol arriaron y corrieron con los trinquetes O. SO. hasta el amanecer quince leguas; y este, día que era 11 de Enero, vieron papagayos, y bonitos de la especie mayor y gobernando al O. y NO. avistaron tres cerros, que parecían islas, y por estas señas reconocieron al *Cabo de Santa María.*

Jueves 12 de Enero siguieron el rumbo del N. en demanda de cierta bahía, en que dieron fondo obligados de un fuerte aguacero; pero el temporal con viento E. cargó tan reciamente que empezaron a agarrar y se tuvieron de asegurar, echando otras anclas. Abonanzó por fin, y el 13 corrieron al O. cuarta al NO. y dado que obtuvieron en cuatro brazas, continuaron su derrotero sondando siempre, hasta que por la tarde embocaron el *Río de la Plata*, llamado entonces de Solís, por haberle descubierto algunos años antes el Capitán Juan de Solís, que habiendo desembarcado con otros españoles fué muerto y devorado por los

indios a vista de la gente de sus navíos, que no les pudo socorrer. Navegaron por este río dos días, y al cabo de ellos mandó el General que surgiese la Armada a causa del poco fondo. Mientras se reemplazaba la aguada, se recogió mucho pescado, y Magallanes habiendo pasado a la nao *San Antonio* atravesó el río de orilla a orilla para reconocer su anchura, que era de veinte leguas (1).

El día 6 de Febrero se hicieron nuevamente a la vela y prosiguieron su derrota, apartados de día una legua de la costa y de noche cinco o seis leguas. Mas luego que hubieron llegado a ponerse en 40 grados, experimentaron mucho frío y cada vez mayores tormentas, pasándose los tres y cuatro días sin volverse a juntar las naves. Surgió por fin la Armada en una bahía con el fin de hacer aguada, y se envió a tierra un esquife con seis hombres, que desembarcaron en cierto islote, cu-

(1) Herrer. Decd 2, libro 9, cap. 10. Argens. Anal. capítulo 92.

bierto de marinos y de pájaros niños, especie de patos, que por tener la pluma, o por mejor decir la borra muy corta no pueden alzar el vuelo. Quedáronse aquella noche por causa del temporal, que no les permitió volver a bordo, escondidos entre unas peñas por temor de las fieras de aquellas playas: y habiendo ido en busca dè ellos la mañana siguiente otro bote con treinta hombres, les salieron al encuentro más de doscientos lobos marinos, dè los cuales mataron cincuenta, ahuyentaron a los demás y recobraron los seis compañeros, que estaban traspillados del frío, como acongojados del miedo.

Estando para levantarse les entró un viento tan impetuoso, que rompieron las amarras de la misma *Capitana* y se arrimó tanto a unos bajos, que si les hubiera faltado la única amarra, que la detenía no hubiera quedado hombre vivo. Confesábanse unos a otros y encomendábanse a Dios haciendo muchas promesas, y entre otras echaron a uso de navegantes un romèro a nuestra Señora de la *Victoria*,

ofreciendose todos por sus cofrades. Ceso al fin la tormenta; pero les sobrevino la calma y recelando mal tiempo, se amarraron muy bien. En efecto les cargó un temporal que les duró tres días, les llevó a los castillos de proa y precisó a que acortasen los de popa. Renovaron en este conflicto sus promesas y plegarias, y quiso Dios sacarlos de esta bahía, que llamaron *de los Patos*.

Llegaron ultimamente, después de haber padecido nuevas y mayores tormentas en la bahía de los trabajos (pues parecía que querían descargar sobre ellos toda su ira los elementos) al *Río de San Julián*, víspera de Pascua de Resurrección, y el día siguiente mandó el General que todos saliesen a oir misa en tierra; cuya orden fué generalmente obedecida sino es del capitán de la Nao *Victoria*, que era Luis de Mendoza y Gaspar de Quesada, capitán del navío la *Concepción*, en que iba preso el Veedor Juan de Cartagena, porque se había desmandado con el General, reconviniéndole sobre la derrota que llevaba, con

mayor libertad de la que corresponde a un subalterno.

Viendo Magallanes que por este tiempo empezaba en aquel país el rigor del frío y que era muy peligroso continuar por entonces tan arriesgada y desconocida navegación, determinó invernar en la bahía de *San Julián*, durante los meses de Mayo, Junio, Julio y Agosto, en que a proporción que el Sol se acerca a nuestro polo, y produce el verano, se aparta del polo opuesto, dando lugar al regular periodo del invierno.

Contra esta determinación le hicieron varias representaciones y requerimientos los Capitanes, y a la verdad estaba la gente de la Armada fatigada del viaje, descontenta del arreglo en la distribución de los comestibles y sobre todo impaciente por la incertidumbre del éxito de la empresa. Pero Magallanes, que había resuelto salir con su designio o morir en demanda de el, les declaró el ánimo que tenía de llevar a adelante la expedición, luego que se mitigase la aspereza de la estación fría

hasta reconocer toda aquella costa, o hallar paso a la mar del Sur. Reconvínoles sobre la injusticia de sus quejas, respecto de no faltarles buena pesca, caza, agua, leña, bizcocho y vino. Trájoles oportunamente a la memoria, que los portugueses en sus viajes a las Indias Orientales, continuamente se alargaban muchos grados mas allá del Trópico de Capricornio, navegando hacia el Polo Antártico: acercándose al cual esperaba el llegar en su compañía a donde les durase el día tres meses continuos. Por último esforzó sus animos con los elogios del valor antiguo de los castellanos, con las esperanzas de grandes descubrimientos y proporcionados premios.

Sosegáronse los sediciosos por algun tiempo, pero volvieron de allí a pocos días a renovarse las quejas, promoviendo el descontento, los corrillos de murmuración y las conversaciones secretas; sobre lo cual reprendió Magallanes a sus subalternos con mayor aspereza de la que exigían las circunstancias y de la que tal vez

convenía a un forastero, que mandaba a tantos hombres incluidos en su proyecto, de cuya posibilidad no estaban plenamente convencidos (1).

De aquí resultó al fin, que cansada tambien la gente de aquella infeliz vida, dió muestras de amotinarse; pues habiendo envíado Magallanes su esquife a la nao *San Antonio*, se supo casualmente que se hallaba en ella el capitán de la *Concepción* Gaspar de Quesada, quien después de haber puesto en libertad a Juan de Cartagena, preso confiado a su custodia, había pasado a bordo de aquella nave, y prendido a Alvaro de Mezquita, actual Capitán de ella, sobrino de Magallanes y había muerto a puñaladas al Maestre Juan Elorriaga, honrado vizcaíno que defendía el partido de la lealtad.

---

(1) Transilvano, Espist. inserta en la Colección de Ramusio, tomo 1, página 349, edición. de Venecia, de 1563.

Súpose al mismo tiempo, que tambien se había separado de la subordinación debida al General, el Capitán de la *Victoria*, Luis de Mendoza. Lo cual visto por Magallanes y que sólo se mantenía a sus órdenes el *Santiago* donde se ignoraba el suceso, mandó (prometiéndose de la temeridad de un arrojo, mejor remedio en aquel lance, que de un vil e inútil sufrimiento) que se armase la gente de la *Capitana* y se dispusiese todo para el combate. Y que no ignoraba que en la nao *Victoria* tenía mucha gente de su bando; ordenó entrasen en el batél treinta hombres escogidos y cinco en el esquife; a estos últimos previno, que mientras Luis de Mendoza leyese la carta que le llevaban de su parte, le quitasen animosamente la vida y luego entrasen en su socorro los del batél. Todo lo cual se ejecutó puntualmente, reduciendo la nave a su obediencia, sin que alguno se atreviera a resistirlo.

Publicada la muerte del capitán Mendoza, permitió a su gente algún descanso, mas él cumpliendo con las obligaciones de

su empleo, quedó vigilante y cuidadoso del partido, que tomarían en este estado las dos naos *San Antonio* y la *Concepción* y a este tiempo vió, que la primera venía arriando cable. Mandó entonces jugar la artillería contra las obras muertas de aquella nave y como no se descubría otra persona mas que el capitán Quesada, que andaba sobre la toldilla con su lanza y rodela; llamando la gente, la cual no quería obedecerle, fué Magallanes acercándose con la *Capitana* y habiéndose barloado con la nao *San Antonio*, entró parte de su gente en ella con resolución y prendió a Quesada y a algunos pocos culpados, que hizo pasar inmediatamente a bordo de la *Capitana*. Restaba la nao *Concepción* en donde se hallaba de maestre Juan Sebastián del Cano, el cual es verosimil influyese despues de la ausencia del capitán Quesada en la quietud de la gente, pues se manifestó ésta tan dispuesta a la tranquilidad, que cuando Magallanes envió últimamente a preguntar por quien estaba la nave respondieron con entregarle a Juan

de Cartagena, a quien voluntariamente acababan de prender.

Empleó algunos días en averiguar judicialmente los principales cabezas de este delito, habiendo sentenciado a ser descuartizados a Gaspar de Quesada y a un criado suyo, aceptó este por salvar la vida el oficio de verdugo, empezándole a ejercer con su mismo amo. Con un clérigo francés que de nuevo solicitó amotinar la gente, la cual se mantuvo leal contra su fanatismo, se cumplió también la sentencia de dejarle abandonado en aquella despoblada costa en compañía de Juan de Cartagena.

Así recobró en tan corto tiempo Hernando de Magallanes el mando de las naves, mediante su resolución y la lealtad de la gente, restableciendo con el castigo de pocos culpados el sosiego y la subordinación en toda la Armada.

Durante el invierno, que se mantuvieron en esta bahía de *San Julián*, descubrieron un día en la costa ciertos indios, cuya estatura agigantada se les figuró de diez a

once palmos: iban vestidos de pies a cabeza de unas mantas de pieles azules, servían también de botas y de albarcas, lo que dió motivo a que les llamasen *patagones*. Con el fin de presentar al Emperador Rey de España estos imaginarios gigantes, retuvo Magallanes a bordo algunos que de allí a poco murieron. Publicaron de ellos cosas muy extraordinarias, así los que hicieron este viaje como los escritores contemporáneos que trasladaron al papel las relaciones verbales de los mismos navegantes y los historiadores posteriores; pero entre todos ellos se hallaba tan poca conformidad, que no podemos, sin aventurar el acierto, adoptar la relación de ninguno sobre su color, número, estatura y costumbres y asímismo sobre su imponderable veracidad y extraña inclinación a comer ratones. Refiere el caballero Antonio Pigafetta, testigo ocular de la observación, que entre estos indios agigantados había varios de ellos de estatura casi regular, lo que si es cierto se logran desvanecer enteramente la idea que resultaron en el

concepto de algunos sabios de aquel siglo de que formaban nación o casta separada de gigantes (1).

Había mandado Magallanes a Juan Serano, capitán de la nao *Santiago* que se adelantase prolongando la costa con el fin de descubrír estrecho, y, en efecto, como a veinte leguas halló un hermoso río que tenía una legua de ancho y le llamó *Río de Santa Cruz*, donde se detuvo seis días matando lobos marinos, de los cuales hubo uno que sin el cuero, cabeza ni unto pesó 19 arrobas. Pasó adelante Juan Serrano, y a tres leguas le cargó tan recio temporal que le rompió todas las velas, y como iba aviada la nao, le soltó el timón antes que llegase a tierra, pero tuvo la felicidad de que varase sin aguardar a que le diese otra mar, y como por fortuna era agua llana encalló la proa y pudo salvarse toda la tripulación, aunque la nao se perdió, y

(1) Pigafetta. «Viaggio attorno il Mondo»; en la colección citada de Ramusio.

cuantos víveres, repuestos y provisiones había en ella.

Ocho días estuvieron sustentándose de lapas y habiendo resuelto volver por tierra a la Bahía de *San Julián,* tardaron cuatro días en llegar al *Río de la Cruz*, que distaba seis leguas del paraje del naufragio, y era tanta la debilidad de fuerzas de estos hombres, que con ser treinta y siete, apenas pudieron llevar entre todos bastantes tablas para formar una barquilla en que cupieran dos, los cuales pasaron con harta dificultad, y continuando su camino sin alimentarse más que de hierbas silvestres y mariscos crudos, emplearon aún once días hasta donde se hallaba la Armada.

Llegaron estos dos marinos tan desfigurados por el hambre y los trabajos, que no los conocían sus amigos e inmediatamente dispuso el General que fuesen veinte hombres cargados de pan, vino y otros bastimentos para que Juan Serrano y su gente pudiesen volver a la bahía por tierra, ya que la mar estaba muy alterada.

No acertaron a explicar su gozo mezclado de mucha compasión, cuando los hallaron tan macilentos pues hacía treinta y cinco días que no probaban el pan. Tardaron cuarenta y ocho horas en volver a pasar el río en la barquilla, y tuvieron que derretir con fuego los carambanos de hielo para beber. Llegados a las naos, repartió la gente en ellas Magallanes y a Juan Serrano nombró por capitán de la *Concepción*.

NAVEGACIÓN DESDE LA BAHIA DE SAN JULIAN. DESCUBRIMIENTO DEL ESTRECHO Y PASO DE TRES NAVES DE LA ARMADA A LA MAR DEL SUR.

CAPITULO III

Navegación desde la Bahia de San Julián. Descubrimiento del Estrecho y paso de tres naves de la Armada a la mar del Sur.

Aprestadas las cuatro naves que quedaban y colocada una cruz en señal de posesión por la corona de Castilla sobre una montaña, que llamaron de *Chisto* y estaba a treinta leguas de distancia tierra adentro, salió la Armada de la Bahía de *San Julián* el 24 de Agosto y siguiendo la costa, recaló en el río de *Santa Cruz*, que había descubierto Juan Serrano. Detuviéronse en este puerto como dos meses; durante esta demora hicieron provisiones de agua, leña y pesca que era excelente.

El 11 de Octubre observó Magallanes el eclipse de Sol, que sucedió en este meridiano a las diez y ocho minutos de la mañana. A fines del mismo mes partieron del río de *Santa Cruz*, habiendo navegado hasta los cincuenta y dos grados y medio y aristado un cabo, desde donde la tierra empezaba a correr al O., SO., le puso por nombre de *Cabo de las Vírgenes*, en memoria del día de su descubrimiento, que fué el 21 de Octubre; mandó que las naos *San Antonio* y la *Concepción* prolongasen la costa y reconociesen cada una de por sí si había paso por aquel que parecía brazo de mar.

Volvieron ambas naos dentro de cinco días y los de la primera solo habían hallado unos bajos y la costa erizada de rocas: los de la otra nave refirieron que habían navegado tres días sin hallar el fin de la costa a un lado ni a otro; que cuando más se internaban, se estrechaba más el canal: que este era tan profundo en muchos parajes, que con la sonda no se encontraba fondo, y, que finalmente habían observado,

que las crecientes eran mayóres que las menguantes.

Estas razones movieron a Magallanes, persuadido de haber dado finalmente con lo que buscaba, a continuar su derrota, sin embargo de la oposición de su paisano Esteban Gómez, Piloto de la nao *San Antonio*, que pretendió se volviesen a España a tomar otra Armada, y nuevos bastimentos, por que sólo tenían para tres meses.

Viendo, pues, el General, que el brazo de mar descubierto se extendía casi de E. a O. y que las noches no duraban ya sinó cinco horas, siguió navègando por espacio de cincuenta leguas, no quedándole duda en que la Costa Septentrional era tierra firme del continente de América, y conjeturando que la Meridional estaba formada de varias Islas, pues se oía de la parte el ruído de las olas, que se rompían contra ellas. Descubrieron fuegos en la costa del Sur; por eso la llamaron *Tierra del Fuego*. La anchura del canal les pareció divèrsa, llegando en partes a estre-

charse tanto qué de costa a costa apenas habia la distancia de tres millas.

Continuando en gobernar por este estrecho, advirtieron qne le dividía otro brazo de mar, que tiraba por el Sur. En esta perplejidad envió Magallanes a las naos *San Antonio*, *y Concepción* para que reconociesen si esta canal desembocaba en la mar hácia el Sur, con orden de que volviesen dentro de tres días; y él entretanto con la *Capitana* y la *Victoria* fué a surgir a un hermoso río abundante de sardinas y sábalos, en dónde se detuvo seis días reemplazando la agua y la leña, que era muy olorosa. Mientras esperaban el regreso de las otras dos naos; se envió un bote por la canal principal, bien equipado y tripulado, a descubrir si tenía salida aquel Estrecho y de allí a pocos días volvió la gente del bote con la deseada noticia de que por él habían desembarcado en un gran golfo de mar, y arribado a un cabo que terminaba la costa meridional, que por las ansias con que le buscaban, le nombraron *Cabo Deseado*.

Fué inexplicable el gozo que causó este descubrimiento en todos los ánimos, especialmente en el del General y sólo pudo templarle el dolor de haber aguardado en vano a la nao *San Antonio*, sin embargo de que al plazo señalado se había ya incorporado en la conserva nao *Concepcion*, en la cual, como ya se ha dicho, iba de maestre Juan Sebastián del Cano. Determinó, pues, ir a buscarla con toda la Armada y empleó en ello otros seis días, no obstante, que atendidas las circunstancias y la poca disposición que habían manifestado siempre a proseguir el viaje, el Piloto de aquella nao, Esteban Gomez y el Tesorero Gerónimo Guerra; recelaba con bastante fundamento lo que efectivamente sucedió, y fué, que la misma noche del día en que se apartó de su conserva la nao *San Antonio*, el Piloto y el Tesorero prendieron a su capitán Alvaro de la Mezquita, le dieron una cuchillada y socolor que había sido consejero de su tío Hernando de Magallanes en las justicias, que hizo de resultas del levantamiento en la bahía de S*an Julian*, le

cargaron de prisiones y subrogaron en su empleo a Gerónimo Guerra. Hecho esto tomaron la vía de Guinea para volverse a Castilla y llegaron a San Lucar, en fin de Marzo del año siguiente de 1521. Habían obligado con tormentos al Capitán preso, a confesar cuanto convenía al descargo de ellos; pero recibida información de los cincuenta y cinco hombres del equipaje, prendieron los oficiales de la contratación a Esteban Gomez y a Gerónimo Guerra y a otros principales autores de su prisión: de que dieron cuenta a la Corte y se mandó se remitiesen estos presos y a Alvaro de la Mezquita a Burgos, se asegurase a doña Beatriz Barbosa, mujer de Hernando de Magallanes y a sus hijos, que a la sazón se hallaban en Sevilla, suspendiéndoles las asistencias por entonces, hasta que con el arribo de alguna otra nave de la Armada se averiguase lo más cierto.

Entre tanto, continuaba su navegación por el Estrecho Hernando de Magallanes muy sentido de la falta que le habían de hacer los bastimentos, cargados en la nao

San Antonio que desconfió ya enteramente volver a ver; y habiendo navegado en veinte días como cien leguas desde la embocadura, salió por fin el 27 de Noviembre a aquel espacioso mar, que no se sabe hubiese sulcado antes nave alguna.

En esta ocasión, se mandó disparar toda la artillería como por cumplido triunfo de sus esperanzas, comunicándose el regocijo y gloria del General a toda la gente de la Armada, con cuya desconfianza había tenido Magallanes que combatir hasta entoces, no menos que con la braveza de la mar e inclemencia de los elementos.

ARRIBO A LAS ISLAS DESVENTURADAS Y SUCESIVAMENTE A LAS DE LOS LADRONES Y FILIPINAS. MUERTE DE HERNANDO DE MAGALLANES

CAPITULO IV

Arribo a las Islas Desventuradas y sucesivamente a las de los Ladrones y Filipinas. Muerte de Hernando de Magallanes.

Luego que desembocaron el Estrecho; gorbernaron a N O: cuyo rumbo siguieron casi siempre por aquel gran piélago que llamaron *Pacífico*, porque navegaban libres de tormentas, y con vientos tan favorables, que en tres meses anduvieron, según cálculo, más de tres mil leguas, sin encontrar en todo este tiempo mas tierra, que dos pequeñas islas, situadas entre los quince y veinte y un grados de latitud austral, pero ambas desiertas, estériles y tan desfavorecidas de la Naturaleza, que me-

recían con propiedad el nombre de *Desventuradas.*

Llegó a tal extremo la escasez de los víveres, que comían por onzas, bebían agua hedionda, guisaban el arroz con agua de la mar y tal vez echaron mano para su sustento de las correas con que íban aforradas las jarcias. Aflígidos de hambre y mala calidad de los alimentos murieron veinte hombres y enfermaron casi todos.

Despues de haber navegado otras ochocientas leguas, y vuelto a pasar la Linea sin dar con las *Malucas*, que tuvieron alguna vez casi a la vista; descubrieron como a quince grados en 21 de Enero de 1521 Islas abundantes de refrescos: pero queriendo surgir en una de ellas el General, acudieron muchos indios en sus canoas a rescatar, y habiendo subido a bordo de las naves, robaban paladinamente todo cuanto les brindaba el gusto, de forma que fué preciso echarlos fuera con violencia. De lo cual resentidos volvierón tirando tantas piedras y chuzos, armados de un hueso

en su punta que tuvieron los castellanos de hacer fuego sobre ellos.

Se echó de menos después de uno de estos encuentros el Esquife de la *Capitana*, que iba por popa, y para recobrarle envió Magallanes a tierra dos botes con gente armada, que ahuyentaron a los indios, y pusieron fuego a cuarenta o cincuenta habitaciones después de haber tomado los mantenimientos, que hallaron en ellas; lo cual advertido por los salvajes, volvieron al agua el Esquife que habían robado y los españoles le recogieron y se restituyeron a bordo.

Estos indios vivían al parecer sin Gobierno, ni dependencia. Andan desnudos, bien que se untan el cuerpo y el cabello con aceite de cocos. Sustentanse de frutos de esta casta de palmas, de batatas y plátanos; y no les falta abundancia de caza y pesca. Gustan de teñirse la dentadura de negro. Sus canoas son ligerisímas; tienen igual la popa y proa y llevan en cada una de ellas una vela latina, hecha, con bastante primor, de estera de palma,

que mudan según la dirección del viento.

A primeros de Marzo se apartaron de estas islas de las *Velas Latinas* o de los *Ladrones*; siguiendo varios rumbos entre el Sur y el Oeste, fueron avistando algunas Islas, en donde reemplazaron los víveres y curaron sus enfermos. Navegando el 28 de Marzo por entre este archipielago, se acercó a las naves una canoa, y como la gente que iba dentro entendía la lengua de la Esclava que llevaba Magallanes, habida en otros tiempos en la isla de *Sumatia*, que los antiguos llamaron *Trapolana*, desembarcó ésta de parte del General y pasó a suplicar al Señor de la Isla les enviase bastimentos. Vino el Rey inmediatamente en la misma embarcación y trajó víveres y algunas piezas de porcelana, de que hizo un presente a Magallanes, el cual, por su parte le regaló dos vestidos de grana, y una gorra encarnada.

Diéronse reciprocamente otras muestras de amistad; pero el General, que deseaba establecer el crédito del comercio de España, y dar desde luego una grande

idea de su poder, con el honrado pretexto de cortejarle, le mostró paños de varias suertes y colores, telas, espejos, cuchillos y otras mercaderías y también le hizo observar la artillería, mandando disparar algunos tiros, que estremecieron al Rey y a los de su comitiva. Igualmente mandó Magallanes que se armase un hombre de punta en blanco y que otros tres le hiriesen; y viendo los salvajes que no le ofendían las cuchilladas, quedaron atónitos y aseguraron a la Esclava, que servía de intérprete, que cien isleños no podrían vencer la resistencia del armado. Ella les dijo que de cada nave se podrían armar del mismo modo hasta unos doscientos; y para que no lo dudase se les manifestaron los petos, espadas, cotas y demás piezas. Despídiose el Rey admirado y resuelto a mantener las paces asentadas, acompañándole por disposición del General dos hombres, de los cuales fué uno el Caballero Antonio Pigafetta.

Llegados a tierra, tomando el Rey por la mano a Pigafetta y un indio principal

a su compañero, los condujerón a una alquería, en donde sentados sobre la popa de cierta embarcación de ochenta palmos de largo, trofeo tomado a sus enemigos; les sirvieron en viernes santo carne de puerco, arroz y vino de palmas. Concluído el convite con extrañas ceremonias, los hospedó el Rey, en su mismo Palacio, que se reducía a una rústica habitación, elevada sobre el suelo por medio de algunos troncos a la cual se subía por cierta escalera de la misma madera, conservándose así entre ellos la arquitectura en su ruda y primitiva sencillez. Alumbráronse por la noche con *Anime*, especie de goma resinosa, envuelta en hojas de palma. La mañana siguiente habiéndose despedido volvieron a bordo acompañados de un hijo del Rey.

Durante los días de Pascua pareció a Hernando de Magallanes proponer al Rey que le permitiese desembarcar con su gente para oir misa; y obtenido su consentímiento, se celebró con el aparato posible en aquellas circunstancias,

y con todas las salvas y honores militares. Acabada la misa, a que asistieron los hijos del Rey y su Corte, mandó el General se les festejase repitiendo el combate de cincuenta hombres armados, de cuyo espectáculo se mostraron los indios muy complacidos, aunque de ello habían recibido más admiración que recreo.

Díoles a entender Magallanes, aprovechando la ocasión, que a fin de que cuantas naves europeas arribasen a aquellas partes, los reconociesen por aliados de los cristianos y no les ofendiesen; les era sumamente útil que él colocase una insignia en el paraje mas alto de toda la isla: convinieron con ello, y en su presencia se colocó una Cruz, que fué adorada de todos.

Detúvose la Armada ocho días en esta isla *Messana* o *Mazaguá* y preguntaron a Magallanes por el puerto, en donde hubiese mayor abundancia de bastimentos; se ofreció el Primogenito del Rey, que también tenía el mismo tratamiento que su padre a acompañarle a *Zebú*, que estaba cincuenta leguas al Occidente de *Mazaguá*. Iba este Rey embarcado en un Junco; pero

no pudiendo seguir el curso de las naves, pasó con su comitiva a bordo de la *Capitana* y encontraron en Zebú, una de las Filipinas el día 7 de Abril. Salió a tierra el Rey de *Mazaguà* e informó al de Zebú de la afabilidad de los españoles, de sus fuerzas y de sus pacíficos designios de proveerse de refrescos, en cambio de ricas y vistosas mercaderías. Respondió el de Zebú, después de algunas consultas con los suyos, muy favorablemente: pero antes de asentar las paces hizo saber a Magallanes, que las debían ratificar los dos sangrándose de los pechos y bebiendo recíprocamente la sangre el uno del otro. Conformose políticamente Magallanes con la bárbara costumbre por no disgustarle; y el Rey sin llegar a la ejecución se dió por tan satisfecho de la voluntad del General, que envió a su hijo con el de *Mazaguá* para que en su nombre llevasen víveres y otros presentes a Magallanes y celebrasen las paces con los españoles.

Correspondió Magallanes regalando al Príncipe y a los que le acompañaban, va-

rios vestidos y piezas de vidrio; y al Rey le envió un traje de seda a la Turca y algunas bujerías de cristal por medio de los mensajeros, que encontraron al Rey comiendo y bebieron en su mismo cuenco; chupando el vino a su usanza por medio de unas cañas. Dispúsose en tierra una tienda, a donde acudían los indios muy solícitos a trocar su oro por el hierro de España y sus gallinas, puercos y otros comestibles, por cuentas de abalorio. El primer domingo desembarcaron cincuenta hombres armados, con el estandárte Real, al estruendo de la artillería; de que estaba advertido el Rey para que no se asustase. Antes de oir misa exhortó Magallanes abrazase el cristianismo y ya fuese en el Rey política o devoción (pues tenía guerra con sus vecinos y no muy leales, ni contentos a sus vasallos) se bautizó con otros quinientos indios. Aquel mismo día por la tarde recibieron el agua del bautismo la Reina y su hija, y no pasaron ocho días sin que casi toda la gente de la Isla siguiese su ejemplo.

En recompensa hizo alarde Magallanes de emplear sus armas en sojuzgar al Rey de *Matán*, isla vecina, y tributaria algun tiempo de *Zebú*, el cual a la sazón tenía guerra con su principal. Los capitanes le rogaron no aventurase su persona y la felicidad de todos en la facción, mayormente hallándose ya con noticias casi seguras de las Malucas. Pero Hernando, más valeroso que prudente, dispuso salir a media noche con sesenta hombres, en tres bateles en compañía del Rey nuevamente hecho cristiano, que llevaba en veinte o treinta juncos hasta mil hombres de guerra.

Llegaron a *Matán* antes de amanecer y aunque no embistieron hasta que fué de día por consejo de los del Zebú, hallaron a aquel reyezuelo muy prevenido. Viéndose los españoles acometer por ambos lados de innumerables indios, se dividieron en dos pequeños escuadrones para recibirlos. Duró la refriega con alguna ventaja, hasta que a los nuestros se les acabó la pólvora, lo que advertido por el enemigo, fué tanta

la carga de piedras, flechas, cañas y chuzos que disparaban, que Magallanes, herido ya en una pierna, mandó que la gente se retirase a los bateles con buen orden. El Rey cristiano se estuvo inmóvil, mirando desde su junco la batalla y observando con demasiada exactitud la prevención que le había hecho Magallanes, que, o juzgó inútil su ayuda, o no quiso partir con él el honor de la esperada victoria.

Quedaba ya solo Hernando de Magallanes en la costa con los últimos seis u ocho hombres, cuando de una pedrada le derribaron la celada, y en este estado vino una lanza de caña indiana que atravesándole la desnuda frente le quitó la vida. Así murió este animoso y esclarecido capitán por demasiado ardimiento y por haberse querido exponer sin causa a experimentar los caprichos de la fortuna.

Por este empeño que pudo fácilmente excusar, malogró el fruto de sus descubrimientos, y de su famosa expedición a las Malucas, que estuvo para ver enteramente conseguida, despues de tolerados infíni-

tos trabajos; pero su nombre vivirá eterno en los anales, escrito al lado de los esforzados caudillos y famosos descubridores.

Causó en la Armada su muerte el desconsuelo que correspondía; por que el amor de sus soldados y marinos era igual al gran concepto que se había granjeado entre ellos.

Acaeció este infeliz suceso el 26 de Abril de 1521. No fué posible redimir su cuerpo para darle honrosa sepultura; por que respondieron los bárbaros, que le guardaban para trofeo de sus hazañas y memoria de sus venideros. (1)

(1) Pigafetta, que salió herido de la facción, en la obra expresada, pág. 361, C.

NOMBRAMIENTO DE NUEVO GENERAL. FIN TRAGICO DE ÉSTE EN UN CONVITE Y DE MUCHOS ESPAÑOLES. DEMORA EN BORNEO Y ELECCION DE JUAN SEBASTIAN DEL CANO PARA CAPITAN DE LA NAO *VICTORIA*.

CAPITULO V

NOMBRAMIENTO DE NUEVO GENERAL. FIN TRÁGICO DE ÉSTE EN UN CONVITE Y DE MUCHOS ESPAÑOLES. DEMORA EN BORNEO Y ELECCIÓN DE JUAN SEBASTIÁN DEL CANO PARA CAPITÁN DE LA NAO VICTORIA.

Extendida la muerte del general se retiraron a bordo los encargados de la *factoría* o tienda establecida en *Zebú*, y de común acuerdo fué nombrado por sucesor de Magallanes su deudo Duarte Barbosa. Hallándose en las naos todos heridos y desconsolados, envió a convidar el Rey cristiano a todos los españoles, para que recibiesen la joya, que en señal de vasallejo había ofrecido entregarles para el Emperador Rey de Castilla.

Aceptó ligeramente el convite Duarte Barbosa, y representándole el Capitàn Juan Serrano el peligro que había en desamparar las naves, y fiarse después de la derrota que acababan de padecer, de un aliado tan reciente: respondió el general que le siguieran los que no tuviesen miedo: respuesta que movió a Juan Serrano a ser el primero que puso el pie en el batel.

Desembarcaron, pues, Barbosa y Serrano, con otros veintiseis hombres el día 1 de Mayo, y estando en el convite, fueron improvisadamente asaltados por gran número de indios que a este fin estaban escondidos. Llegaron los lamentos y el rumor del suceso a oídos de los que habían quedado a bordo, y sospechando lo que era y viendo que despedazaban con horrible grita una Cruz colocada algunos días antes sobre un arbol, levantaron las anclas. A este tiempo descubrieron un tropel de gente que traía a la playa maniatado a Juan Serrano: el cual entre lágrimas y exclamaciones les refirió a voces la traición y el fin trágico de todos sus compañe-

ros, excepto el intérprete y que a él sólo le habían reservado por si le querían rescatar en cambio de dos tiros de bronce; lo que encarecidamente y con ademanes más lastimeros les rogaba.

Los españoles por no aventurarlo todo sofocaron esta vez su natural compasión y continuaron el viaje, viendo a los indios, que se volvían a llevar a Juan Serrano, cuyos lamentos les penetraban en los corazones, y de allí a poco oyeron renovarse la algazara; de que infirieron, de que en aquel punto acababan de sacrificar al infeliz y pundonoroso español, digno de mejor suerte.

Atribuyeron los nuestros esta traición a un esclavo de Magallanes, llamado Enrique, natural de las *Malucas*, que hablaba bien el castellano y le servía de lengua. Este esclavo que había salido herido de la refriega de *Matán*, pareciéndole a Duarte Barbosa que después de la muerte de su amo no servía con la puntualidad que antes le reprendió asperamente y amenazó, llenándole de injurias. En la primera oca-

sión que tuvó Enrique de hablar con el Rey de *Zebú*, de parte del General, se valió de la oportunidad que le facilitaba su mismo oficio, para decirle, que los españoles pensaban en quitarle la vida y apoderarse de su reino, y le aconsejó se anticipase él mismo, pues no sólo se haría dueño de las naves y ricas mercancías que contenían, sino que también lograría la paz del Rey victorioso de *Matàn*; y demás comarcanos. Tan grandes son los estragos que puede producir un General, bisoño en el empleo: pues en pocos días que lo fué Duarte, causó por su indocilidad su propia ruina, por su injuriosa respuesta obligó a Juan Serrano a que se sacrificase sin necesidad, y finalmente por la reprensión amarga e intempestiva que dió al Esclavo, fué causa de que se perdiese infelizmente en un día la flor de la Armada.

Recaló la Armada cerca de otra isla, distante diez leguas del *Zebú*, llamada *Bohol*: en donde eligieron por General a Juan Carvallo, y considerando que el número de gente a que quedaron reducidos,

era muy corto para gobernar tres naves, acordaron de quemar la nao *Concepción*, transportados antes los arreos y pertrechos de ella a las otras dos naves. Hecho esto navegaron en demanda de la isla *Borneo* y pasaron por entre varias islas poco abundantes de mantenimientos, hasta llegar a la de Pulnáu, situada en 9 grados y 20 minutos de latitud Septentrional. Aquí hicieron alianza con el cacique o señor principal, que se hirió ligeramente en el pecho con la punta de un cuchillo, con la cual teñida en sangre se tocó la lengua y lo mismo hubieron de hacer los capitanes de las naos. Entre sus divertimientos es el mas común el combate de los gallos, en que el dueño del que queda victorioso, gana el premio de la apuesta: y a todos les está prohibido el comer de estas aves: lo que observan superticiosamente.

Bien provistos de mantenimientos, siguieron su derrota a *Borneo*; en cuya barra entraron a 8 de Julio. Iba ya la gente que serían cien hombres entre todos; sana y alegre con la esperanza de hallar en

aquella isla noticias seguras de las *Malucas*. El día siguiente se acercaron a las naves tres *cañamices* o embarcaciones del país con las proas doradas y detro venían ciertos mensajeros del Rey con gran estruendo y acompañamiento de música. Fueron recibidos a bordo de la *Capitana* y habiéndoles explicado los nuestros quienes eran y el motivo de su venida, que dijeron ser para contratar y establecer comercio con ellos, manifestaron mucha satisfacción y abrazando luego al General con tanto amor y confianza, como si se conocieran de antiguo, le entregaron de parte del Rey porción de *Betele* y de *Areca*, fruto que envuelto en la hoja del *Betele* o *Coco*, mascan los orientales casi de continuo y juntamente otros muchos víveres como gallinas, cabras, cañas dulces y vino de arroz, que los naturales llaman *Arach*.

Los españoles enviaron por su parte al Rey una capa de terciopelo carmesí, una silla de respaldo guarnecida de terciopelo azul, una vasija de cristal con su tapa, cin-

co cuadernillos de papel y otros presentes para la Reina. Llegado que hubo a tierra Gonzalo Gómez de Espínosa, que fué uno de los nombrados para esta embajada, recibieron doce indios los presentes en grandes salvillas de porcelana y a los españoles les hicieron entrar en un castillo de madera que llevaba un elefante, el cual bajó la trompa para que saliesen los que venían dentro y ocupasen su lugar los nuestros.

Al otro día, desde las Casa de Gobierno pasaron Espinosa y sus compañeros con el mismo aparato al Palacio del Rey, donde fueron introducidos en una gran sala y desde ella, abiertas dos ventanas, vieron de improviso en otra pieza inmediata trescientos hombres armados que formaban la guardia del Rey, el cual, corrida una cortina que estaba al fin de la sala intermedia, se descubría comiendo con sus mujeres en un cuarto interior. Advirtiéronles que hiciesen varias reverencias y que expusiesen el tenor de su Embajada a un indio principal que los acompañaba, el cual debía comunicarla a otro que estaba poco distante

en la Sala de la Guardia, y de éste a otro, y así de mano en mano, hasta que el último, por medio de una cerbatana, metida en un agujero que terminaba en la pieza interior, se la diese al Secretario que asistía a la comida del Rey. Hízose todo puntualmente al uso de aquel país y Espinosa volvió a los suyos bien despachado y con muchos regalos sobre el mismo elefante en que habían ido.

La ciudad, que tiene el mismo nombre que la isla, èstaba, como Venecia, fundada sobre el agua, excepto que las casas, que llegarían a veinte mil, eran de madera. Sus habitantes que fueron reputados por el pueblo mas culto, que hasta entonces habían descubierto; eran parte gentiles y parte mahometanos. No creen en la inmortalidad del alma; se casan con cuantas mujeres pueden mantener; escriben en cortezas interiores de los árboles; comen pan de arroz y abundan de caza y pesca; produce la isla gran cantidad de canela, alcanfor y gengibre, que truecan por azogue para medicinas. Pescaron los es-

pañoles cerca de una isla poco distante, entre otras ostras de enorme magnitud, una cuya carne aseguraron pesaba más de una arroba, y no menor debe ser el marisco, que haya de producir perlas tan grandes como las que adornaban los zarcillos del Rey de Borneo.

El día 29 de Julio cuando los nuestros esperaban de vuelta a cinco hombres que habían envíado a la ciudad a rescatar cera para betunes y recorrer las naos por falta de pez y de brea; vieron cargar sobre ellos algunos Juncos y más de ciento cincuenta Cañamices y habiéndose levado con la prontitud posible, perdiendo un ancla, dispararon contra los Juncos y rindieron cuatro de ellos, ahuyentaron a las demás barcas indianas. En uno de los Juncos tomaron a un hijo del Rey de *Luzón*, Capitán General del de *Borneo*; más al día siguiente determinó Juan Carvallo ponerle en libertad, no tan generosamente que en esta acción no interesase toda la esperanza de recobrar a su hijo, que era uno de los cinco españoles retenidos en *Borneo*. Por eso

desaprobó con su conducta la gente que se lisonjeaba de que aquel Rey habría rescatado la libertad del prisionero, no sólo con la restitución de los españoles, sinó también con mayores premios.

Al cabo de dos días viendo que unicamente habían recobrado dos hombres, perdiendo la esperanza del regreso de los demás, determinaron hacer vela en demanda de algún puerto para reparar las naves; y costeando la isla con buen tiempo, varó la *Capitana* y les puso en términos de perecer. Sobrevino aquella noche un temporal, que les acabó de afligir, pero quiso Dios que al amanecer, con la marea flotó la *Capitana* y salió del bajo. Siguiendo su viaje el 15 de Agosto dieron con un Junco, en el cual, desamparado inmediatamente por los indios, hallaron más de treinta mil cocos, que distribuidos entre la tripulación de ambas naves, sirvieron de excelente refresco.

Hallaron en la misma costa una Ensenada, a donde se detuvieron cerca de cuarenta días para dar pendores a las naves,

y entre otras faenas y trabajos que padecieron en una casi total escasez de todas las cosas, no fué el menor la precisión de andar por el monte haciendo leña con los pies desnudos, porque con el largo tiempo se habían quedado enteramente descalzos. Antes de salir de este puerto, viendo que Juan Carvallo no observaba la Instrucción Real, acordaron deponerle de su empleo, y en su lugar eligieron a Gonzalo Gomez de Espinosa por General, y por Capitán de la nao *Victoria*, nombraron a Juan Sebastián del Cano, que había salido de Sevilla por Maestre de la nao *Concepción* y en todo el discurso de esta prolija expedición había dado muestras de valor y cordura.

Continuando su derrota apresaron un Junco, en que iba embarcado un Gobernador del Rey de Bornéo: y en atención al buen acogimiento que les había hecho en Puluán, isla de su residencia, le dieron libertad, obligándole antes a que los proveyese de víveres: lo cual hizo él muy gustoso y lleno de agradecimiento. De allí a dos días descubrieron otro Junco, cuya gente

armada, provocaba a los nuestros a que se acercasen, y no pudiendo hacerlo las naves a causa de las calmas, saltaron varios españoles en dos bateles, se barloaron con el Junco y le entraron con muerte de veinte moros, prendiendo treinta de ellos sin pérdida de ningún castellano, aunque salieron algunos heridos. Preguntado el Piloto del Junco por las *Islas de los Malucos*, se hizo al principio el desentendido: despues convino en que sabía el rumbo, y gobernó hacia la isla *Sangí*, que era su patria, con ánimo de escaparse. Y en efecto, habiendo tomado a bordo a otro Piloto, hermano suyo, que se ofreció a dirigir las naves a las *Malucas*, a precio de una cantidad considerable, que recibió adelantada, bajo el pretexto de dejarsela a su mujer; se echaron ambos al mar a media noche, sin embargo de que iban con grillos. y se salvaron nadando; aunque el uno perdió a su hijo, que no sabiéndose mantener firme sobre las espaldas del padre, cayó al agua y se ahogó.

ARRIBO A LAS MALUCAS. ALIANZA CON EL REY DE TIDORE. ESTABLECIMIENTO DEL TRAFICO DE LA ESPECERIA Y DETERMINACION DE QUE PROSIGA EL VIAJE A ESPAÑA EN LA NAO VICTORIA EL CAPITAN DEL CANO.

CAPITULO VI

ARRIBO A LAS MALUCAS. ALIANZA CON EL REY DE TIDORE. ESTABLECIMIENTO DEL TRÁFICO DE LA ESPECERÍA Y DETETERMINACIÓN DE QUE PROSIGA EL VIAJE A ESPAÑA EN LA NAO VICTORIA EL CAPITÁN DEL CANO.

QUEDÓ la gente muy desconsolada por la falta de los Pilotos, pero un moro de os apresados en el Junco, hallándose ya convalecido de las heridas, dijo que él había estado en las Malucas y les llevaría a ellas. Y al tercer día de haber seguido con bastante desconfianza el rumbo que él dispuso, avistaron a 6 de Noviembre cuatro islas, que el moro reconoció eran de las Malucas.

No es ponderable la alegría que produjo

en aquellos españoles este tan suspirado descubrimiento, en cuya demanda había que navegaban veintisiete meses continuos, vagando últimamente tanto tiempo por aquel archipiélago asiático, en donde se les aumentaba la incertidumbre del buen éxito, al paso que se hallaban más cerca del objeto de su viaje. Tributaron, pues, solemnemente las gracias al Señor, y en celebridad de este suceso mandó el General que se disparase toda la artillería.

Surgieron en *Tidore* a 8 de Noviembre de 1522, y aquel mismo día salió el Rey de la Isla en un *Prao* y convidó a subir en él a los castellanos que habían ido a su encuentro en los bateles. Estaba sentado debajo de una especie de dosel, cubierto de sedas, acompañándole en pie su hijo con un cetro en la mano, y a los lados dos personajes que le servían en ciertas cajitas doradas la hoja del *Betéle*.

Recibió a los nuestros con mucho agrado y como se apreciaba de astrólogo les aseguró que hacía tiempo que esperaba y deseaba su venida, que le habían vaticina-

do sus sueños y confirmado las observaciones de la Luna. La verdad era que, hallándose a la sazón en guerra con el *Ternate*, Rey vecino, sostenido de los portugueses, se holgó mucho con el arribo de un poderoso aliado que podría asegurar a sus tropas la victoria.

Los españoles convidaron al Rey *Almanzor* (así se llamaba el de Tidore) a pasar a bordo de sus naves, y aceptado el convite se dispuso en la cámara de popa una rica silla, en que, habiéndose sentado, le besaron todos la mano, a la moda de Castilla, y el declaró a los españoles por sus amigos, reconociendo, desde luego, por su señor al monarca de España.

El General oyó estas expresiones con gran regocijo, y le hizo un presente que consistía en un vestido de terciopelo, cuatro varas de grana, seis sartas de cuentas de cristal, doce cuchillos, tres espejos grandes, seis pares de tijeras, seis peines, algunos vasos dorados y otros utensilios de este jaez; y advirtiendo *Almanzor* que a correspondencia iba distribuyendo otros

regalos equivalentes al Príncipe y a los principales de su comitiva; pareciéndole demasiado el gasto, mandó a los españoles que moderasen su generosidad y se despidió muy satisfecho y placentero.

A 10 de Noviembre se volvió a informar de la derrota que habían traido y de lo que habían navegado hasta arribar a aquella isla: manifestando muchos deseos de enterarse de las costumbres de Castilla, del valor y diferencias de la moneda, de los pesos y medidas, y finalmente pidió un retrato del Rey de España para colocarle en su palacio. Dispuso, asímismo, que repecto de no tener almacenada bastante cantidad de clavo de especia para cargar las dos naos, pasase parte del equipaje a otra isla comarcana llamada *Bachián*.

El día 11 de Enero del mismo mes se presentó en un Prao *Chécile Derois*, hijo del Rey de *Ternate*, pero antes de admitir su visita tomó el General el beneplacido del de *Tidore*. Luego le salieron al encuentro en los botes algunos españoles, los cuales le hicieron un presente que al parecer re-

cibió con bastante desabrimiento: bien que un judio recien convertido, que traía en su compañía por interpréte y se nombraba Manuel, era criado de un cierto Pedro Alonso de Olorosa, portugués residente en aquella isla, les aseguró de parte del Rey de *Ternate*, que sin embargo de la guerra que tenían con el de *Tidore*, en todo tiempo deseaba observar la más perfecta correspondencia con el Rey de España.

El día siguiente mandó *Almanzor*, se desocupase una casa de la ciudad a donde pudiesen los castellanos desembarcar sus mercaderías y celebrar sus compras y ventas. Empezaron a traficar con tanta ventaja, que por treinta y cinco rasos les daban más de cuatro quintales de clavo, y otro tanto por diez varas de paño encarnado. El 13 envió el Rey de *Tidore* a un hijo suyo a *Motir*, que es otra isla de las Malucas, a racoger clavo para dar pronto aviso a las naves. De allí a pocos días se dejaron ver algunas barcas de Ternate cargadas de clavo: pero no quisieron contratar hasta que llegó el Rey acompañado de ataba-

les y otros instrumentos de música; el cual pasó por entre las naves y desde ellas se le saludó con varios cañonazos. Dió entonces permiso a los de las barcas para que comerciasen, y prometió envíar mayores porciones de clavo, las cuales se recibieron el 26 del mismo mes de Noviembre.

Viendo *Almanzor*, que los castellanos querían partir, les hizo entender que desearía aceptasen un banquete a que los convidaba según costumbre antigua en aquellas islas, antes de la salida. Los españoles se contentaron con darle las gracias acordándose del fatal convite de *Zebú;* lo que advertido por el Rey pasó a bordo y besando el Alcorán, y poniéndole tres o cuatro veces sobre su cabeza juró solemnemente, llorando de ternura, perpetua amistad y alianza con España.

Los castellanos movidos de sus súplicas determinaron detenerse todavía quince días, que emplearon en acabar de hacer sus compras. El 17 de Diciembre regaló el General al Rey de Tidore algunas escopetas y cuatro barriles de polvora. El de *Ba-*

chían ofreció a sus instancias reservar tódo el tráfico de clavo de su isla para los castellanos y les entregó para el Emperador, un presente de cuarenta quintales de dicha especie: de cuya cantidad hubieron de dejar la mayor parte en tierra porque estaban demasiado cargadas las naves. Acompañó este regalo con dos vistosísimas aves de aquella costa, casi peculiar a estas islas que llaman *manucos* o aves del paraíso.

Y porque los españoles se disponían para hacerse a la vela la mañana siguiente, los reyes de Tidore, de Gilolo y de Bachían resolvieron acompañarlos hasta la punta de un islote cercano, nombrado *Mare*; pero habiéndose advertido que la nao *Capitana* hacía mucha agua permanecieron en el puerto tres días más, durante los cuales, se reconoció que no se podía aprestar aquella nao sin descargarla, y sin mucho trabajo y tiempo. Por lo que acordaron que el capitán Juan Sebastián del Cano prosiguiese su viaje a España por el *Cabo de Buena Esperanza* en la nao *Victoria*,

llevando además el clavo de los presentes y cartas de los reyes Malucos, mientras se quedaban cerenando la *Capitana*, que luego que estuviese en estado de hacersé a la mar, tomaría la vuelta de Panamá, para que descargando allí y pasando por el Istmo la carga a la mar del Norte, se transportase también por aquella vía a la Especería de Castilla.

SALIDA DE LA NAO VICTORIA DESDE LAS MALUCAS Y SU NAVEGACION HASTA EL CABO DE BUENA ESPERANZA.

CAPITULO VII

Salida de la nao Victoria desde las Malucas y su navegación hasta el Cabo de Buena Esperanza.

El 21 de Diciembre, habiéndose despedido el capitán Juan Sebastián del Cano con varias salvas de artillería, y levado las anclas, fué tanto el sentimiento de *Almanzor*, que embarcándose en un Junco alcanzó a la nave y volvió a abrazar con mucha ternura y lágrimas a los españoles que hacían vela, de quienes no acertaba a separarse. Iban a bordo de orden del Rey dos prácticos y un gobernador, que los acompañaron hasta el islote, en donde surgieron para hacer leña y agua. Desde aquí se puso en derrota el capitán del Cano con

cuarenta y seis españoles de tripulación y trece indios, gobernando hacia el S. O.

Pasó la nao *Victoria* por entre varias islas, en alguna de las cuales averiguaron que se criaba la nuez moscada, el *sagú* y el maíz grano que se ha hecho común posteriormente en Europa y entonces ellos no conocían. Arribaron a *Mallúa*, isla poblada de hombres feroces, que comen carne humana, andan desnudos y sólo para combatir se cubren de pieles de búfalo.

Al desembarcar los españoles acudieron las mismas mujeres con arcos y flechas, pero depusieron su fiereza a la vista de los rescates que les presentaron. Detúvose aquí la gente quince días para remediar el agua que hacía la nave. Durante esta demora se hizo provisión de cabras, gallinas, cocos y pimienta que crece silvestre en los campos.

El 26 de Enero salió la nao *Victoria* de *Mallúa*, situada en 11 grados de latitud austral, y al día siguiente habiendo dado fondo cerca de *Timor*; isla distante de *Mallúa* cinco leguas, envió el capitán del

Cano al caballero Antonia Pigafetta a comprar víveres.

Quisieron los indios aprovechar la necesidad de los castellanos, exigiendo unos precios exorbitantes: más el Capitán castigó la usura reteniendo a bordo a los Principales, y estuvo en su mano escarmentarlos rigurosamente: pero con la libertad les volvió tambien variós rescates del valor correspondiente al de los comestibles con que solicitaban ya comprarla.

Abunda en esta isla de Sándalo blanco y viene a ella a hacer provisión de leño los de Jara, los Molucos y los de Luzón. Corre E. O. y así en esta isla, como en las comarcanas, hallaron que había cundido mucho la *Lue Venérea*, que estos pueblos llaman *Mal de Portugal*, y en cada país se distingue con el epíteto de la nación, de quien piensan haberle recibido.

Suscitose una pendencia, en que murió parte del tripulaje y pudo ser causa de que malograse la expedición a no haberla atajado la prudencia y el esfuerzo del Capi-

tán, que ajustició a los promotores, sin inspirar recelo en los cómplices.

En 11 de Febrero hicieron vela desde *Timor*, gobernando por aquel gran golfo entre el Oeste y el Sur para evitar el encuentro de portugueses con apartarse de la Isla de Sumatra, de Pegú, Bengala, Calicut, Goa, Ormuz y de toda la costa de la India mayor. Y para doblar con más felicidad el Cabo de Buena Esperanza se pusieron a cerca de 42 grados de latitud austral: pero los vientos del Oeste y Noroeste les impedían rebasarle: lo que lograron al fin de siete semanas de continuos esfuerzos. Proponían durante este contratiempo algunos, movidos de la falta de víveres y abundancia de enfermos, recalar en *Mazambique*, puerto de los portugueses, siendo en la Costa Oriental de Africa; pero la mayor parte de los castellanos, incluso el Capitán, dijeron resueltamente, que mas querían exponerse a morir, que dejar de gobernar directamente a España.

TRAVESIA DE LA NAO VICTORIA HASTA LAS ISLAS DE CABO VERDE. ARRIBO A SEVILLA DEL CAPITAN JUAN SEBASTIAN DEL CANO. SU PATRIA Y MERCEDES QUE EL REY LE HIZO

CAPITULO VIII

TRAVESÍA DE LA NAO VICTORIA HASTA LAS ISLAS DE CABO VERDE. ARRIBO A SEVILLA DEL CAPITÁN JUAN SEBASTIÁN DEL CANO. SU PATRIA Y MERCEDES QUE EL REY LE HIZO.

DOBLADO el Cabo de Buena Esperanza, siguieron el rumbo del Noroeste por dos meses continuos sin ver tierra: en este tiempo murieron veinte y un hombres y hubieran perecido todos de hambre a no haber logrado bastante próspera navegación. Obligados ya por último de la necesidad de hacer agua, proveerse de comestibles, arribaron a *Santiago,* una de las islas de Cabo Verde y habiendo enviado en el esquife al contador Martín Méndez con

trece hombres, que refirieron al gobernador, para moverle a compasión, sus infortunios y la escasez actual en que se hallaban; los prendió, se apoderó del esquife e hizo diligencias para tomar la nao. Pero anticipandose el capitán del Cano al intento del gobernador portugués, mando levar las anclas y con la poca gente que le quedaba y en peor situación de la que había esperado poder mejorar, continuó el viaje con imponderable desconsuelo, trabajo y necesidad. Finalmente el 7 de Septiembre de 1522 entró Juan Sebastián del Cano en la Barra de San Lucar a bordo de la nao Victoria con sólo diez y ocho hombres que apenas parecían tales, según los tenían desfigurados el hambre, las enfermedades y la prolija y trabajosa navegación de tres años menos catorce días.

Al día siguiente llegaron a Sevilla, y habiendo disparado la artillería en señal de regocijo, desenbarcaron todos y acompañados de innumerable concurso del pueblo que les daba las mayores demostraciones de aplauso y admiración, fueron descalzos

en procesión, llevando cada uno una vela encendida en la mano, hasta la Catedral, en donde rindieron las debidas gracias al Señor que les había sacado con felicidad de aquella nueva y peligrosa expedición, después de haberles concedido el descubrimiento del Estrecho y de las Malucas por la vía del Oeste.

Este feliz éxito tuvo el primer viaje alrededor del Mundo, emprendido por Hernando de Magallanes y llevado a feliz término por el capitán español Juan Sebastián del Cano. Empresa la más árdua y maravillosa que se ha ejecutado por mar y con la cual no debe compararse ninguna otra de las que hasta aquí nos ofrecen los anales. Aunque se debe gloriar toda España de haber producido un Caudillo tan feliz y exforzado y Piloto tan diestro como Juan Sebastián del Cano, con mayor particularidad puede añadir esto a sus glorias la Provincia de Guipuzcoa, y en ella la Villa de Guetaria, que fué Patria de aquel Héroe esclarecido.

Luego que en la corte se supo el arribo

de la nao *Victoria*, se mandó que se pusiese en libertad a Alvaro de la Mezquita y a la mujer e hijos de Magallanes y que el Capitán Juan Sebastián del Cano, con las personas de mas razón, que habían llegado en la nao, pasasen a la Corte, franqueandoseles antes para vestirse y para el camino todo el caudal que necesitasen de las arcas reales. Al Rey Don Juan de Portugal, se le hicieron vivas instancias para que enviase a Castilla a los españoles que había quedado presos en Cabo Verde.

Llegados a la Corte fueron recibidos por el Emperador Rey de España con el agrado y estimación que merecían sus servicios, especialmente Juan Sebastián del Cano, a quien S. M. habiéndole aplaudido por el primer hombre que había dado la vuelta al Mundo en redondo por la misma vía que hace el Sol, girando de poniente a Oriente; le concedió entre otras mercedes quinientos ducados de juro de por vida, y le dió por Blasón un Mundo con esta letra: *Tú el primero me rodeaste*. Al Contador Martín Mendez y al Maestre Miguel de

Rhodas, a quien el Rey mismo armó de Caballero, se les dispensaron también a correspondencia varios honores y gracias: y a la gente de la tripulación se le hizo merced de la cuarta parte de la veintena, que a S. M. tocaba de la rica carga del navío, la cual consistía en quinientos treinta y tres quintales de clavo, alguna cantidad de canela, nuez moscada y sándalo. Alcanzando la generosidad del Emperador a todos estos famosos navegantes, cuyos nombres, dignos de pasar a la posteridad, segun nos los ha conservado la diligencia del cronista Antonio de Herrera, son los siguientes:

Miguel de Rodas, Maestre Martín de Insaurraga, Piloto: Miguel de Rodas, Marinero: Nicolás Grijo; Juan Rodríguez: Vasco Gallego: Martín de Jucibus: Juan de Santander: Hernando de Bustamente: Antonio Lombardo: Francisco Rodríguez: Antonio Fernández: Diego Gallego: Juan de Arratia: Juan de Ape-

ga: Juan de Acurio: Juan de Zulieta: Lorenzo de Yruña: Juan de Ortega; Pedro de Valpuesta: Ximeno de Burgos: Juan Martín: Martín de Magallanes: Francisco Alvaro y Roldán de Argote.

Refirieron al César, entre otras cosas, algunas circunstancias de su viaje que por la novedad causaron extraordinaria admiración, y aún dieron motivo de varios discursos y disputas filosóficas, que el tiempo y la observación han aclarado. Parecioles cuando se hallaban apartados más de treinta grados de la Equinocial hacia el otro Polo, que el Sol y la Luna andaban al revés de Europa, porque entonces necesariamente veían estos astros a su izquierda.

Llegaron a San Lucar el 6 de Setiembre según su cálculo, día en que se contaba en España el 7 del mismo mes. Atribuyeron esta diferencia algunos historiadores y entre ellos Francisco López de Gómara (1) a

(1) Historia de las Indias, cap. 98.

errádo cómputo de los navegantes o el descuido que se pudo padecer en contar el Bisiesto; pero la verdadera causa fué la que para su explicación propuso algunos años después, el célebre historiador de indias Joseph de Acosta, diciendo:

«Que los que navegan de Occidente a Oriente, van siempre ganando día, porque el Sol les va saliendo mas presto: y a los que navegan de Levante a Poniente acontece al revés; porque van siempre perdiendo día y atravesando por salir el sol más tarde, de tal manera, que cuando en Castilla es Mediodía, amanece en el Pirú y cuando amanece acá, es allá Medianoche: y habiendo hecho los portugueses su navegación de Poniente a Oriente, y los castellanos de Oriente a Poniente, cuando se han llegado a juntar, que es en las Filipinas y Macán, los unos han ganado doce horas de delantera y los otros las han perdido; y así, a un mismo punto hallan la diferencia de veinticuatro horas, que es día entero, y por eso, forzosamente están los unos en tres de Mayo, cuando los otros

cuentan a dos: y la diversidad de los Meridianos, hace la diversa cuenta de días; y como los que van navegando a Oriente, o a Poniente van mudando Meridianos, sin sentirlo, y por otra parte van prosiguiendo en la misma cuenta, en que se hallan cuando salen; es necesario, que cuando dado vuelta entera al Mundo, se hallen con yerro de un día entero.»

Hasta aquí el plinio español, Joseph de Acosta, cuya explicación han confirmado los viajeros, posteriores al famoso Juan Sebastián del Cano, los cuales rodeando el Mundo de Poniente a Oriente, han experimentado la misma diferencia en los cómputos, según lo notamos últimamente en el *Viaje del Comandante Byrón, pág. 140 de la segunda edición.*

Llegaron a España a bordo de la nao *Victoria*, además de los nombrados, varios indios naturales de las *Malucas*, cuyo primer cuidado y diligencia fué irse informando en las tiendas de los droguistas del valor a que corría entonces la especería en estos reinos: lo que fué causa de que ha-

biendo vuelto en la segunda Armada que se envió a su Patria, los demás indios; sólo a este no se le permitiese volver a ella. Tan cierto es, y averiguado entre todas las naciones, que las más veces lejos de aprovechar, perjudica infinitamente la imprudente ostentación de la industria, o del ingenio. Finalmente constó por el Diario, que todos estos navegantes habían andado catorce mil leguas; bien que en esta cuenta se incluyeron los rodeos a que los precisó tan singular y dudosa navegación (1).

(1) Gómara en el lugar citado: y Gonzalo Fernández de Oviedo, que citando a Pigafetta en libro 20 de su *Historia General de Indias*, confirma la mayor parte de las noticias contenidas en este Resumen, como oidas verbalmente al capitán Juan Sebastián del Cano, a quien trató en la corte en el año de 1524. según se expresa en el cap. 3 fol. 18, b. No deja de ser digno de notarse aquí, aunque de paso, y por vía de suplemento a lo que dejamos dicho en el discurso de Obra, pág. 13, sobre los *Gigantes Patagones*; que el mismo Oviedo en el capítulo 5, y siguientes del libro citado habla largamente de ellos en fé de la Relación jurada, que presentó al Consejo de Indias el Capellán de la Armada de Loaysa, D. Juan de Arreyzaga, y comunicó con Oviedo.

FIN DE LA OBRA

on, D.C. Cost incldg.pstg.

199794